

“El general en su laberinto”: un caso de entrecruzamiento entre la historia y la ficción

Paola Martínez Acosta¹

Artículo revisión documental y reflexión

Recibido: 15 de noviembre de 2021

Aceptado: 3 de junio de 2022

Fecha de Publicación: diciembre de 2022

Resumen

Este documento presenta, en primera instancia, un recorrido teórico sobre el entrecruzamiento entre la historia y la ficción, partiendo principalmente de los postulados de Paul Ricoeur, así como de algunos planteamientos del filósofo alemán George Gadamer. En un segundo momento se plantea el tema específico de la historización de la ficción y de la ficcionalización de la historia, a partir del caso visto con la novela del escritor colombiano Gabriel García Márquez: “El general en su laberinto”, cuya publicación constituyó una polémica entre el oficio del narrador y del historiador. Tomamos este tema, acaso por lo que constituye para la Historia del país, no sólo en cuanto a la narrativa expuesta en la novela del Nóbel colombiano, sino también por la representatividad de una obra como la del escritor, quien, en su momento, supo utilizar los recursos estilísticos de la literatura, conjugándolos con la el relato histórico. En ese sentido, se aborda cómo García Márquez asumió el problema de la historia como ficción y la tensión entre los campos literario e histórico desde lo metodológico, lo político y lo estilístico y/o estético, teniendo en cuenta el ardid del novelista para manipular según sus intereses el hecho histórico sobre el último viaje de Simón Bolívar por el río Magdalena hasta morir en Santa Marta. Para ello se hace referencia al epílogo

del libro, donde el escritor colombiano da a conocer la forma en la que se documentó para la realización de la novela, lo cual, a nuestro juicio, contiene elementos importantes a profundizar. De igual manera se presenta cómo fue recepcionada la propuesta del escritor por el público lector, para lo cual se toma como muestra un texto periodístico de Pilar Lozano, cuyo argumento se asienta en las críticas al libro por parte de un historiador escritor. Y segundo, cómo un crítico literario, Jacques Gilard, desde el saber experto de su disciplina establece una crítica doble: tanto al novelista como al historiador escritor. Todo ello bajo la luz de los planteamientos teóricos expuestos en principio.

Abstract

This document presents, in the first instance, a theoretical journey on the intersection between history and fiction, based mainly on the postulates of Paul Ricoeur, as well as some approaches of the German philosopher George Gadamer. In a second moment, the specific issue of the historicization of fiction and the fictionalization of history is raised, based on the case seen with the novel by Colombian writer Gabriel García Márquez: “The general in his labyrinth”, whose publication constituted a controversy between the craft of the narrator and the historian. We take this theme, perhaps because of what it constitutes for the history of the country, not only in terms of the narrative exposed in the Colombian Nobel Prize novel, but also because of the representativeness of a work such as that

¹ Magíster en Estudios Culturales; Institución: Corporación Universitaria ComfacaUCA- UnicomfacaUCA, Facultad de Humanidades, Programa de Comunicación Social y periodismo; pmartinez@unicomfacaUCA.edu.co; ORCID: 0000-0002-4127-7925

of the writer, who, at the time, knew use the stylistic resources of literature, combining them with the historical account. In this sense, it addresses how García Márquez assumed the problem of history as fiction and the tension between the literary and historical fields from the methodological, the political and the stylistic and/or aesthetic, taking into account the trick of the novelist to manipulate according to his interests the historical fact about Simón Bolívar’s last trip down the Magdalena River until he died in Santa Marta. For this, reference is made to the epilogue of the book, where the Colombian writer reveals the way in which he documented himself for the making of the novel, which, in our opinion, contains important elements to deepen. In the same way, it is presented how the writer’s proposal was received by the reading public, for which a journalistic text by Pilar Lozano is taken as a sample, whose argument is based on the criticism of the book by a writer historian. And second, how a literary critic, Jacques Gilard, from the expert knowledge of his discipline establishes a double criticism: both the novelist and the writer historian. All this under the light of the theoretical approaches exposed in principle.

Elementos teóricos: entrecruzamiento entre la historia y la ficción

El entrecruzamiento entre la historia y la ficción es trabajado ampliamente por el filósofo francés Paul Ricoeur (2003), quien se interesa en estudiar los límites literarios e históricos, lo cual toca a los oficios del narrador y del historiador.

La pregunta inicial que podemos plantear, a partir de las consideraciones del autor, es si es posible escindir la historia de la ficción o la ficción de la historia, pues es cierto que al hacer la lectura de uno u otro texto, podemos hallar elementos comunes, o más bien caminos que, con o sin intención del que ficciona o del que hace historia, llevan a un encuentro entre las dos disciplinas.

El novelista, entendemos, realiza sus narraciones utilizando la ficción como su elemento vertebrador. Recordemos que la ficción,

... según Mínguez (2014), [es] la representación mediante imágenes y sonidos de un universo imaginario construido con una estructura textual narrativa que puede contener elementos de emoción y subjetividad, que es marcada por el productor del texto como representación de un universo no real y que es interpretada por el receptor como no asertiva (Montenegro, 2022, p. 43).

De tal modo, la creación parte de lo imaginario y da vida a disímiles personajes dentro del texto, cuya narración es el desarrollo de la novela o relato de ficción. Y si bien lo narrativo es un asunto cotidiano y natural, en tanto, como dice Piglia (2007), todos intercambiamos historias, somos y sabemos narrar, la escritura supone que esa narración cotidiana se convierta en una historia, y que esta historia, entonces, cobre vida y se entienda como cierta dentro del mismo relato, esto quiere decir, para el caso de la ficción, que sea verosímil, asunto que abordaremos más adelante. En todo caso, la narrativa, va más allá de un concepto literario, se trata de un asunto complejo comunicativamente, por cuanto sus contenidos “no solo tienen que ver con relatos fantásticos, sino que también representan una forma de presentar acontecimientos o hechos de nuestra realidad o sociedad” (Montenegro, 2022, p. 41). De acuerdo a ello, “las narrativas son un valioso instrumento transformador; nos permiten comprender el mundo de nuevas maneras y nos ayudan a comunicar nuevas ideas a los demás” (McEwan y Egan, 1998, p.10).

El historiador, por su parte, desarrolla su tarea dando vida en el presente a los personajes del pasado, aquellos que sí existieron y que dejaron una huella para que sus vidas fueran contadas a lo largo del tiempo. Ese contar histórico, entonces, queda instituido como cierto, pues conlleva la pretensión de verdad. De hecho, si pensamos hoy en día la no ficción, o los relatos que pueden encontrarse como documental, no sólo desde lo escrito sino también en ámbitos como lo audiovisual, se puede plantear, como lo dice Mínguez (citado por Montenegro, 2022, p. 43), que son “la representación con imágenes y sonidos de un aspecto de la realidad mediante una retórica factual reconocible, siendo dicha representación indexada por el productor como cierta y verdadera e interpretada por el receptor como una aserción sobre el mundo real.”

Entendidas de ese modo, la historia y la ficción, en principio, establecen caminos únicos y propios, aunque ambas piensen el tiempo y su relación con el mundo, por lo que se pueden tomar en oposición y divergencia, tal como lo señala Ricoeur (2003). Esa condición de divergencia, no obstante, conlleva también a un paralelismo entre ambas disciplinas, en tanto están en relación con el tiempo subjetivo y el tiempo cósmico de los que habla Ricoeur. Así las cosas, historia y ficción se ven enfrentadas a las mismas dificultades no resueltas. Esas dificultades, como lo afirma el autor, tienen que ver, entre otros asuntos, con la deuda de los vivos con los muertos, que establecen tanto narrador como historiador.

Pero las dos disciplinas, además, son paralelas también en tanto ambas son relatos que alcanzan un grado de conmensurabilidad del tiempo y que han



hecho posible conocer algo del tiempo humano y del tiempo del mundo; es decir, el acontecer.

En ese orden de ideas, la historia y la ficción, aunque paralelas, vienen siendo convergentes, pues en ese mismo paralelismo del hacer, los aspectos comunes de los oficios van saliendo a flote. De tal forma, existe una implicación mutua que empieza en los procedimientos con los cuales se trabaja tanto en historia como en ficción, ya que ambas requieren de la refiguración, del figurarse cómo sucedieron ciertos hechos que para el caso de la historia se supone son ciertos y para el caso de la ficción se supone son ficticios.

El paralelismo del hacer, claro está, puede llegar a escindir, de alguna forma, las fronteras entre un oficio y otro, en cuanto técnicas, por un lado, pero también en cuanto a resultado del relato, por otro. Actualmente, si hablamos del relato, de cualquier tipo (literario, documental, etc.), encontramos que en él, aunque existen dichas “fronteras entre lo real y lo imaginario, entre la ficción y el documental, entre la ficción y la no ficción [...] dos corrientes que en principio parecen distantes y excluyentes la una de la otra, pero que con el paso del tiempo se han ido acercando para enriquecer las figuras narrativas con elementos estéticos [por lo que] no se asumen como conceptos ni opuestos, ni competitivos, un poco en coherencia con las corrientes de lo que ha llamado nuevo documental, donde se dice “no pretender ser ético sino estético” (Montenegro, 2022, p. 42)

Lo anterior puede implicar alejarse “conscientemente de las consideraciones puristas” (Genette, citado por Montenegro, 2022, p. 42), ya que “no existe ficción pura ni historia tan rigurosa, que se abstenga de toda ‘creación de intriga’ y de todo procedimiento novelesco, que los dos regímenes no están, pues, tan alejados uno del otro ni, cada cual por su lado, son tan homogéneos como se puede suponer a distancia”. (García, 2015, p. 75).

En todo caso, “Cada una de las modalidades considera representaciones importantes desde lo que mejor sabe hacer y los límites podrían volverse difusos a propósito de potencializar los elementos narrativos de cada uno” (Montenegro, 2022, p. 43).

La convergencia entre historia y ficción, se da, no obstante, más allá de los procedimientos con que historiador o narrador realicen su tarea específica, pues ésta se presenta en el proceso lector. Este proceso, dice Ricoeur (2003), se encuentra dentro de la teoría de la lectura y constituye un asunto hermenéutico.

Dicho asunto hermenéutico dispone la comprensión de la realidad histórica, para la que es necesario partir de la heurística, de la técnica de la indagación, de la pregunta, en tanto es un saber que no se sabe, pero que finalmente nos permite pensar y llegar a la comprensión (Gadamer, 2005).

Este punto es importante, pues al entrar en relación con un texto, sea de ficción o sea histórico, lo que se da es una dialéctica, un entrar en lo contrario, en sí, una conversación generada a partir de preguntas y respuestas. Todo texto genera una pregunta y la interpretación es preguntarse por algo. Ese preguntarse lleva a la comprensión que contiene la comprensión de la pregunta hecha. Aquí, debido a que prima el horizonte del preguntar, se determina la orientación del sentido del texto que como tal tiene otras posibles respuestas, otras posibles interpretaciones. Si bien el texto tiene un sentido desde la perspectiva del autor, también tiene otro desde el interpretante, quien se pregunta de acuerdo a lo que el texto ha suscitado.

La conversación con el texto, plantea Gadamer (2005), permite que el intérprete de un texto, aquel que dialoga en la lectura con lo escrito, esté abierto a las preguntas que pueda suscitar dicho texto como base de interpretación, lo cual implica que los textos son inagotables.

Por lo tanto, la experiencia hermenéutica implica que la obra despliegue plenitud de posibilidades, donde no se da por sentado que la verdad de las cosas la tiene la opinión del autor. Con esto se llega a la pregunta y de ella a la comprensión. Así, asevera Gadamer (2005), el que pregunta es alcanzado por el texto que responde a la pregunta para de tal manera comprender sin imponer un punto de vista sino llegar a lo común.

De tal forma, lo que se tiene en la conversación hermenéutica es que el texto habla a través de la otra parte; es decir, del intérprete, pues éste reconvierte los signos del texto en un nuevo sentido hacia la comprensión a través del lenguaje común que, dice textualmente Gadamer (2005) “se confundirá con realización del comprender y llegar a un acuerdo” (p. 466).

Ese acuerdo, entonces, es la comprensión que constituye siempre interpretación, o sea, se trata de “aportar los propios conceptos previos con el fin de que la referencia del texto se haga realmente lenguaje para nosotros” (Gadamer, 2005, p. 477). Así mismo, el comprender un texto significa, según el autor, saber que el texto se presenta cada vez como distinto, pues en cada momento se interpreta de manera distinta. Dado que se tiene claro este aspecto, se puede entender que la comprensión, además, permite una apropiación de lo que se establece en el texto, de lo que surge de la conversación con el mismo, para entonces alimentar lo que es propio. Por eso, la lectura se da ya cuando se ha comprendido y puede entenderse como una especie de iluminación.

En ese orden de ideas y antes de entrar en sí a la convergencia entre la historia y la ficción, es necesario tener en cuenta, tal como lo plantea Gadamer (2005), que esa conversación con la cual llegamos a la comprensión de una obra está inserta en lo que el autor lla-

ma fusión de horizontes. Esta fusión bien puede darse con lo escrito por un historiador o con lo dicho por el novelista, pues los textos permiten que en el proceso hermenéutico de la lectura el interpretante o lector se genere preguntas a partir de sus conocimientos y con respecto a lo que encuentra y lo que le suscita el texto.

De acuerdo con ello, la fusión de horizontes es el proceso donde es posible llegar a algo común entre ambas partes (lector y autor), pues no se trata de imponer el punto de vista de uno sobre el del otro, lo cual se logra con el lenguaje en tanto medio de comprensión. Por tales razones, la conversación deja hablar tanto al texto como al intérprete.

Partiendo de lo expuesto es que Gadamer (2005) plantea que el verdadero ser del lenguaje se encuentra en la conversación. Esto debido a que en la conversación se da el entendimiento mutuo como proceso vital en el cual se hace manifiesto el mundo. Es a través de la conversación, como se ha visto anteriormente, que se llega a la comprensión y en ello consiste la experiencia hermenéutica del mundo.

Ahora bien, por cuanto la convergencia entre la historia y la ficción se da en el ejercicio hermenéutico de la lectura, entendemos que es la interpretación la forma con la cual se hace posible buscar el sentido interior de las cosas y llegar a comprender, para el caso concreto, los espacios comunes entre historia y ficción que se revelan en el texto. La lectura es, entonces, el espacio común para intercambios entre historia y ficción, pues como afirma Ricoeur (2003), "somos lectores de historia tanto como de novela" (p. 901). Se entiende, así, que los intercambios entre historia y ficción los establece el lector. Por tal motivo, es en la lectura donde se da la convergencia.

Pero el entrecruzamiento en sí de las disciplinas, es la estructura por la cual tanto historia como ficción "sólo plasman su respectiva intencionalidad sirviéndose de la intencionalidad de la otra" (Ricoeur, 2003: p. 902). Es entonces cuando la historia y la ficción desarrollan o despliegan su realidad ontológica y epistemológica como tal, pero utilizando herramientas de una y otra disciplina respectivamente, para finalmente dejar plasmada en la escritura lo que se supone es historia y lo que se supone es ficción. En este punto es posible el imbricamiento entre las dos disciplinas, con lo cual quedan como hechos concomitantes: una puede ser sin la otra.

El que la historia se sirva de la ficción para ejecutar su misión cuya pretensión es la verdad, es planteado por Ricoeur como la **ficcionalización de la historia**. Aquí es posible ver cómo lo imaginario atraviesa la historia, instalándose en aquello que en los acontecimientos pasados no pudo ser observado por quien escribe la historia. Así las cosas, la historia reinscribe el tiempo de la narración en el tiempo del universo o la cronología

del tiempo en la historia de la tierra, lo cual se trata de una tesis realista. Sin embargo, en lo realista, es donde lo imaginario se sitúa en la perspectiva de haber sido.

El haber sido, por tanto, trata de ser narrado por el historiador y por ende sitúa los hechos y acontecimientos en momentos específicos y los relata como si aquello fuese tal cual lo que ocurrió. El relatar y al tiempo dar un momento a esos hechos pasados es proporcionarles un presente potencial, un presente imaginado porque lo que está atrás no se puede traer intacto, sino de manera imaginaria; el recurso para traer ese hecho o acontecimiento es la narración, es hacer historia o hacer ficción.

Y para hacer historia es necesaria la huella, la cual, dice Ricoeur (2003), sintetiza el tiempo, se hace marca y signo porque representa la mixtura del pasado, del presente y del futuro. La huella data, está hecha de tiempo, inscribe y mide el tiempo, permite rastrear, ir tras el tiempo. Por esa razón, la huella en tanto signo, permite encontrar lo que falta para figurar el contexto. Figurar, dice el autor, es una actividad de lo imaginario.

Dicha actividad de figurarse es la que sirve a la representancia, a aquello que no es posible representar por completo. Esto debido a que dentro de la tarea histórica siempre se encontrarán vacíos, silencios, espacios no encontrados y por los cuales es necesario la figuración. En el figurarse que..., entonces, entra lo imaginario para poder contar y decir la historia que quiere quedar instituida, confiriendo al pasado un complemento cuasi intuitivo. De tal forma, es con el lenguaje con el que se hace posible la refiguración, el hecho de armar y establecer que los hechos y acontecimientos humanos sucedieron como son contados. Es por los tropos del lenguaje (por el discurso narrativo) "que opera el entrecruzamiento de la ficción y la historia en la refiguración del tiempo" (Ricoeur, 2003, p.902).

Con ello, se comprende que la historia imita en su escritura los tipos de construcción de la trama recibidos de la tradición literaria, por tanto la historia es también relato, narración, en la cual se da la función metafórica del "ver como". No obstante, la interconexión de la ficción con la historia no debilita el proyecto de representancia de la historia, sino que contribuye a realizarlo. No se afecta, entonces, la verdad que quiere ser instaurada por la historia, sino que la construye, como lo ha hecho desde los historiadores antiguos, quienes ponían en boca de sus héroes discursos inventados que los documentos no garantizaban. No obstante, los historiadores modernos ya no admiten ni permiten estas incursiones fantásticas, pero sí utilizan el recurso narrativo, propio del ingenio novelesco, para el propósito de intentar reeefectuar; es decir, repensar cierto cálculo de fines y medios narrativos.



La ficción dentro de la historia, podemos afirmar, crea un campo de ilusión con un “creer ver”, aunque, según Ricoeur (2003), es una ilusión controlada para caracterizar esta feliz unión de historia y literatura. La ficcionalización de la historia es el resultado que logra un alcance único en su objetivo de representancia. El valor social que ejerce para una comunidad histórica está en su significación específica del poder de fundar o de reforzar la conciencia de identidad.

Por lo afirmado, la ficción se pone al servicio de lo inolvidable, de los hechos contados por la historia narrativamente o con el lenguaje y sus tropos, para permitir a la historiografía emparejarse con la memoria.

Ahora, sin embargo, es necesario hablar de otro aspecto tocado por el filósofo francés: **La historización de la ficción**. Aquí Ricoeur (2003) explica que, así como la historia se sirve de la ficción, la ficción también lo hace de la historia. La ficción imita, en cierto modo, al relato histórico, teniendo en cuenta que narrar algo es contarlo como si hubiese pasado o acontecido. A este elemento el autor lo llamará, en adelante, el como si pasado. Un primer indicio del relato histórico en la ficción se evidencia gramaticalmente, cuando los relatos se narran en tiempo pasado con el tiempo del mito.

Pero no sólo en el narrar la ficción se sirve de la historia, sino también en el hacer de la ficción. Con ello entendemos que el narrador puede servirse del documental histórico para partir de él y contar una nueva historia; historia, por supuesto, ficticia.

Así que tanto en el hacer ficción como en el narrar la ficción se sirve de la historia y dentro del relato puede confundirse con historia misma. Esto debido a que el lenguaje utilizado se complejiza.

La ficción, en esa dirección, es cuasi histórica “en la medida en que los acontecimientos irreales que relata son hechos del pasado para la voz narrativa que se dirige al lector; por eso, se asemejan a acontecimientos pasados, y por eso la ficción se asemeja a la historia” (Ricoeur, 2003, p. 914).

Sin embargo, para que la ficción sea tomada como una historia, ésta debe tener un elemento fundamental: la verosimilitud. De esa forma la construcción de la trama “debe ser probable o necesaria”, ocupándose de aquello que aunque no sea verdad es creíble. En tanto la verosimilitud conlleva a lo creíble, su función es la persuasión, hacer creer que... y “para ser persuasivo, lo probable debe tener una relación de verosimilitud con el haber sido” (Ricoeur, 2003, p. 914).

Y si pensamos más allá en ese hacer creer que, es posible entender que éste también se encuentra en la realización histórica, lo cual se puede equiparar con el figurarse que. En ese sentido, tanto historia como ficción suponen e imaginan, respectivamente, cómo pudieron

ocurrir ciertos hechos y los instituyen, por el lado de la historia como verdad y por el lado de la ficción como algo imaginado. Aún así eso imaginado de la ficción pasa a ser verdad dentro del relato mismo, pues como está contada la historia cerrada de ficción es como sucedió todo lo contado, repetimos, dentro de lo narrado.

Ahora bien, ficción e historia, hemos dicho, se entrecruzan e imbrican y en ese sentido, tanto el novelista como el historiador, al tratar de contar hechos pasados, ficticios o reales, contraen la deuda con el pasado, con los muertos, quienes, de alguna forma, como el mismo Ricoeur (2003) expone, tienen sepultura en la escritura que permite ser memoria del pasado en el presente y para el futuro.

El caso de entrecruzamiento entre la historia y la ficción en “El general en su laberinto”

“El general en su laberinto”, libro de Gabriel García Márquez que noveliza el viaje final de Simón Bolívar por el río Magdalena, fue publicado en marzo de 1989. Al final de la edición el lector encuentra un apartado de gratitudes, en el cual es posible documentar algunos problemas de la relación entre historia y literatura, como también las tensiones que suscita pensar los campos de la ficción literaria y el discurso historiográfico.

En un primer momento introductorio a los temas de este estudio, se halla expresada la génesis que dio origen a la escritura de una novela dedicada a los últimos días del libertador. La gratitud expresa es para el escritor Álvaro Mutis, quien publicó un relato titulado “El último rostro”, presumible fragmento anticipado de un libro en preparación que nunca fue escrito, el cual sirvió de inspiración para emprender su propio proyecto de ficción histórica. Corrobora este hecho la dedicatoria del autor en la edición española que reza: “Para Álvaro Mutis, que me regaló la idea de escribir este libro”.

Lo anterior, es poco relevante para el asunto que a continuación declara el escritor, cuando confiesa lo siguiente: “Más que las glorias del personaje me interesaba entonces el río Magdalena, que empecé a conocer de niño, viajando desde la costa caribe, donde tuve la buena suerte de nacer, hasta la ciudad de Bogotá” (García Márquez, 1989, p. 269). Y lo es, por cuanto notamos una aparente toma de distancia metodológica de la actividad que realiza el historiador, en tanto que el interés del novelista nace y se alimenta de su experiencia personal. Tenemos, entonces, que la noción de historia para el escritor se constituye, en este caso particular, en una experiencia de vida.

El contexto geográfico vivido por García Márquez, es la simiente del proyecto literario, diferenciado, es

posible, de las motivaciones e intereses del historiador, a quien no necesariamente le es indispensable la experiencia del territorio (el paisaje, el clima, el olor, la luz, etc.) para la aspiración de concretar su proyecto científico. En cambio, para este novelista la subjetividad en juego por haber navegado el río durante muchos años siendo estudiante, le brindó la posibilidad de reconstruir una atmósfera literaria verosímil al trayecto final emprendido por Simón Bolívar durante los 14 días de su viaje final, hasta morir en la ciudad de Santa Marta el 17 de diciembre de 1830, a la edad de 46 años.

Por su parte, el ejercicio del historiador lo caracteriza, sin ser una ley taxativa, cierta objetividad con respecto del asunto que estudia. El historiador, de hecho, está por fuera del tiempo de su estudio, lo cual incluye muchas veces, también, permanecer fuera del propio contexto geográfico, social o cultural.

La diferencia entre el oficio literario y el historiográfico que se subraya en primera instancia, es de orden metodológico, aunque la materia de trabajo coincide; no obstante, el carácter subjetivo predomina en el ejercicio literario frente a la objetividad que pretende la disciplina histórica.

Otra declaración de interés se suma a lo anotado, por cuanto proporciona mayores elementos para el debate. Dice el escritor: “los fundamentos históricos me preocupaban poco, pues el último viaje por el río es el tiempo menos documentado de la vida de Bolívar” (García Márquez, 1989, p. 269). Como se ha explicado en la parte teórica de este documento, Ricoeur (2003) nos advierte de los lugares o momentos o circunstancias particulares en los cuales el discurso histórico cesa o toca límites, para dar paso a lo imaginario de la ficción, al figurarse que. Estos intersticios, espacios abiertos a la interpretación son, para el caso que tratamos, los 14 días del viaje de Santafé de Bogotá a Santa Marta, donde Bolívar proyectaba embarcarse hacia su exilio en Londres.

En tanto el trabajo de la historia es parcial, no una totalidad acabada, pues a nivel del campo de estudio como del sentido es objeto de revisiones, de nuevas interpretaciones, el trabajo de archivo histórico realizado por el novelista le revela unos espacios sin relato, carencia advertida en los estudios sobre la vida de Bolívar, como por el personaje mismo. Este doble déficit de documentación hace más ardua la tarea del novelista; sin embargo, éste es el motivo mediante el cual la ficcionalización se legitima. Al no haber historia por cuanto el personaje no dejó huellas, ni la historia por su parte ha construido las suyas, este espacio baldío es terreno fértil para la imaginación literaria.

No obstante, el camino que recorre el novelista cuando ficcionaliza la historia, no está a expensas, metodológicamente, del arbitrio de su imaginación.

Las leyes de la ficción literaria no están regidas por causalidad o arbitrariedad alguna, menos aun cuando de materia histórica se trata. La siguiente cita permite comprender este aspecto mejor:

Desde el primer capítulo tuve que hacer alguna consulta ocasional sobre su modo de vida, y esa consulta me remitió a otra, y luego a otra más y a otra más, hasta más no poder. Durante dos años largos me fui hundiendo en las arenas movedizas de una documentación torrencial, contradictoria y muchas veces incierta [...] mi falta absoluta de experiencia y de método en la investigación histórica hizo aún más arduos mis días (García Márquez, 1989, p. 270).

Resulta claro que a nivel metodológico la necesidad de construir una atmósfera literaria para el libro sobre Bolívar, partió de la experiencia personal de vida de García Márquez con el contexto geográfico y cultural del río Magdalena. Así mismo, la consulta de fuentes, lo cual hace del escritor un investigador *sui generis* de la historia, puesto que su rigor no es menor al que acompaña el saber experto del historiador. La diferencia de complementariedad radica en el interés que motiva emprender la escritura de un libro sobre Bolívar por un novelista y un historiador.

La anterior cita, sitúa el análisis que adelantamos en una perspectiva crítica. Declarados los pasos del escritor por el camino seguido de la ficcionalización literaria de la historia, encontramos el inevitable encuentro con los archivos infinitos, tanto textuales como orales, camino del que se distancia a su debido momento por resultar una documentación “contradictoria y muchas veces incierta”. La crítica de la historia por parte del novelista no es más que por el sentido que el poder del discurso construye. Resulta claro, también, que las interpretaciones se aceptan o rechazan de acuerdo a los intereses en disputa por el poder. Y aquí el interés del novelista se ubica en la desmitificación histórica del personaje. Según Ricoeur, la historia como discurso es un campo de tensiones y de disputas por el poder en juego. En razón a ello, es comprensible que las versiones de la historia varíen hasta llegar a ser contradictorias y no satisfacer, tampoco, certidumbre alguna.

Ahora bien, la dificultad declarada por el escritor en cuanto se requiere de una experticia metodológica para tratar los asuntos de la historia, da lugar a las alianzas o pactos de intereses entre la historia y la literatura, estrechándose los vínculos de los dos campos. Confiesa García Márquez (1989, p. 270): “este libro no habría sido posible sin el auxilio de quienes trillaron estos territorios antes que yo durante un siglo y medio, y



me hicieron más fácil la temeridad literaria de contar una vida con una documentación titánica, sin renunciar a los fueros desaforados de la novela”.

Este posible discurso de síntesis entre historia y literatura, a nivel metodológico al menos, y estilístico también, mantiene en su lugar cada campo, entendido ello como la inevitable e inexorable imbricación entre un campo y otro. El ejercicio literario de ficcionalización de la historia, necesita de la documentación de archivo, esto es, conocer las huellas con el mismo rigor científico con que lo realiza el historiador. Sin embargo, como bien se ha señalado, los resultados varían, la presunción de verdad propia de la historia no adquiere el mismo sentido que la verosimilitud histórica aportada a la ficción por parte del novelista. Es por ello que la deuda declarada de García Márquez con el selecto grupo de historiadores expertos de Simón Bolívar del periodo independentista y republicano de esta región de América es honesto, como también lo es el propósito que arraiga en “los fueros desaforados” del relato novelístico que apuesta por una nueva mirada del héroe mítico, más humano en su grandeza, por la hondura de los sueños frustrados y el fracaso de su aspiración.

La distinción que hemos procurado establecer y su debida relación de tensa complementariedad entre historia y literatura, permite apreciar con claridad que el novelista siguió los pasos del método histórico tradicional: consulta exhaustiva de archivos, entrevistas con fuentes orales expertas en la materia; camino emprendido sin perder de vista por ningún momento que el proyecto fue escribir una novela acerca del libertador. El uso y apropiación del método, como de la información y el conocimiento aportado por los historiadores en la materia, se tradujo en un libro nuevo, una novela histórica sobre Bolívar y no en un libro de historia más sobre el personaje. En vista de lo cual el novelista, en un doble vínculo entre el respeto de la fuente y la desacralización interpretativa de la misma, logra al cabo, configurar un universo literario autónomo de la historia, cuya verosimilitud alcanza a configurarse como un relato que es leído de manera dual, tanto por el público no experto, como por el especializado cuyas reacciones glosaremos a continuación.

Recepción pública

Con el titular “La última novela de García Márquez enfrenta a colombianos y venezolanos”, la periodista Pilar Lozano (1989, p. 5A) expone los argumentos centrales del debate que enfrentó a los historiadores acerca del tratamiento dado al general Santander.

La historiografía colombiana parece situarse en dos bandos: los amigos de Simón Bolívar y los del general Francisco de Paula Santander, los primeros llamados Bolivarianos y los segundos Santanderistas; polarización que se extiende a enfrentar dos regiones del territorio nacional: los cachacos, denominados así los habitantes del interior y en particular los de Santafé de Bogotá, y los Caribes, habitantes de la Costa Atlántica colombiana. Este asunto, quizá irrelevante, permite sin embargo comprender cómo los sentidos de la historia afectan el presente por cuanto se relaciona a Bogotá con Santander y a Bolívar con el Caribe.

La disputa de entonces, iniciado el proceso de recepción de la novela de García Márquez, establece un punto de discordia por la mirada despectiva hacia Santander, extensiva a una disputa nacional entre colombianos (que creen y defienden el pensamiento Santanderista) y venezolanos (que respaldan la figura polémica, por su postura política, de Simón Bolívar). Este debate lo plantearon historiadores de la academia colombiana, respaldados también por periódicos muy influyentes como *El Tiempo* de Bogotá.

Un ejemplo que ilustra el modo como los historiadores leen la literatura es el siguiente:

los académicos no aceptan básicamente dos cosas: una, que se ponga en boca del héroe palabras soeces como *pinga* y *carajo*, que al parecer no son dignas de un prócer; dos, que las 286 páginas de la novela sirvan de pretexto para desprestigiar al general Francisco de Paula Santander, el mejor amigo de Bolívar en años de guerra, pero su peor enemigo en el campo de la política (Lozano, 1989, p. 5A).

Es notable el desconocimiento por parte de los historiadores de las leyes estilísticas que rigen el universo literario, por cuanto la persona de la historia es en la novela un personaje literario, esto quiere decir que posee un lenguaje, un carácter, una vida propia. La caracterización de la persona histórica implica otorgarle unos rasgos propios que lo identifiquen y el habla caribe lo es. Por ello, la imputación lingüística de vulgaridad hecha por los historiadores no es válida, en tanto es verosímil en la novela que Bolívar se exprese de ese modo por tratarse de un caribe y un militar.

La manera de leer que se impone desde el canon histórico, lo aporta, indudablemente, el sentido de objetividad de la disciplina que despoja a la persona histórica de rasgos propios del individuo humano que es, por prevalecer la presunción de verdad que desaloja y no permite cualquier rasgo subjetivo en el discurso histórico. Esta posición disciplinar desconoce, porque

desnaturaliza el hecho literario que es sustantivamente una transfiguración de la realidad histórica.

Frente al hecho histórico y sus representantes más emblemáticos como es el caso de Simón Bolívar, la literatura que ficcionaliza estos fenómenos tiende a hacer lecturas de interpretación que cuestionan los paradigmas con los cuales se ha establecido el estatuto de verdad de la historia. De este modo, el carácter polémico de la ficción histórica pone de relieve un campo de sentido en disputa como es lo político y la ideología que en torno a ello se defiende. Podría pensarse que la pretensión de la literatura histórica es la de crear una nueva historia, en particular porque se la recepciona como un discurso beligerante frente a lo establecido por el poder de la historia.

Para el caso que estudiamos, ello se ejemplifica con la acusación levantada por la academia de historia acerca del sentimiento antinacionalista de García Márquez frente a Santander.

Qué poco granadino se muestra el general [...] y como a los protagonistas de las novelas –y es una novela– se les identifica con el autor, pensamos que así se siente García Márquez revelando algo que desconocíamos: su preferencia por Venezuela dentro del conjunto de naciones del conglomerado grancolombiano (Editorial del diario el tiempo, citado por Lozano, 1989, p. 5A).

Igual de interesante es el comentario editorial citado, pues se revela el sentido común que establece la identificación, no diferenciada, entre autor, narrador y personaje. La crítica literaria, a partir de la aportación de Mijail Bajtín (1990) distingue con claridad las nociones de autor, narrador y personaje, como entidades distintas que difieren en su pensamiento, al punto de oponerse y enfrentarse, tal y como ocurre con Cervantes y Dostoievski. El pensamiento del autor no coincide siempre con la del narrador ni el de éste con el personaje. Este conocimiento experto, propio de la crítica literaria, contribuye a esclarecer los sentidos en juego de la literatura y de la historia.

Para el discurso literario, la historia es un campo abierto a la pluralidad del sentido que el juego de la interpretación permite, lo cual, a su vez, es lo que posibilita resignificar el canon histórico mediante la revaluación de los hechos, personajes y fenómenos de la historia.

Germán Arciniegas (citado por Lozano, 1989, p. 5A), intelectual de amplio reconocimiento y trayectoria en el ensayo histórico y literario, opinó que:

el libro pretende regresar al mito de Bolívar. Está muy bien escrito; García Márquez tiene la

técnica y la magia de contar. En ese sentido es una obra maestra. Pero no es una novela, como él dice. Es un libro de tesis histórica apasionado y falso, como son en general los libros de historia. García Márquez ha querido hacer un libro que le sirva a Fidel Castro, amigo de los gobiernos totalitarios como el que quería Bolívar.

La discusión, ahora entre pares, hace de este debate un asunto de mayor complejidad teórica, pues además de negarle el estatuto literario al libro también cuestiona el fuero de la disciplina histórica. Para Arciniegas el libro de García Márquez no es una novela, sino un libro de historia “apasionado y falso, como son los libros de historia”. Si el escritor historiador no distingue los géneros y el campo disciplinar respectivo de la historia y la literatura, o mejor, los desconoce a conciencia de establecer una crítica en ambas áreas, el lector no cuenta ya con puntos de referencia que le permitan distinguir un discurso de otro. Lo revelador de la polémica, sin embargo, sigue siendo el hecho de los intereses en juego de quien acomete trabajar literariamente la historia o bien historizar la literatura. Nos referimos a la ideologización disciplinar en cuanto la acusación de Arciniegas a García Márquez parece desbordar la dimensión literaria para situarse en el terreno político del presente. Aspecto sobre el cual la literatura es consciente. De allí que intentemos glosar la recepción que tuvo en Colombia esta novela.

Este último aspecto alimentó una reacción crítica por parte de un académico especialista en la obra de García Márquez: Jacques Giral, quien escribe un artículo titulado “La otra historia oficial”.

Situado en el episodio de debate entre bolivarianos y santanderistas, Giral lamenta el hecho de que la polémica sea la restauración de antiguos debates y no la apertura de nuevas ideas en torno a la historia y la literatura misma. La crítica realizada parte por comprender el hecho histórico que con rigor Ricoeur nos ha mostrado, que en el caso de la vida de Bolívar parece no tener relevancia histórica, ya que los hechos están narrados en lo que se refiere a los documentos descubiertos. Al respecto afirma Giral (1989), “es de creer que todo se ha descubierto ya y la biografía de Bolívar queda ahora a disposición de los escritores de ficción y de los ideólogos mercenarios: salvo improbable aparición de materiales nuevos, dejó de ser terreno para historiadores” (p. 43).

Al parecer el trabajo del novelista empieza cuando la tarea del historiador culmina. No obstante, estimamos que se trata de ejercicios simultáneos, complementarios y muchas veces opuestos. El carácter tributario o subalterno del escritor frente al historiador,



expuesta en la tesis del profesor francés, no aplica hoy en día por cuanto hemos señalado la autonomía disciplinar que posibilita un diálogo horizontal. Girald des-cuida anotar también algo conocido de antemano: primero fue la literatura como discurso de la historia que la historia como discurso literario. La división moderna disciplinar que enfrenta estos campos en dicotomías a veces irreconciliables, no deja ver que la literatura hoy es un modo otro de hacer historia, en razón al carácter beligerante de resignificar el estatuto histórico.

Ricoeur (2003) nos enseña que la polarización disciplinar no es otra cosa que un juego de convergencias, cuya tensión se mantiene, al punto de permitir el entrecruzamiento. En este horizonte, la historiografía contemporánea es crítica de sí misma en tanto cuestiona de modo permanente sus propios descubrimientos, sus hipótesis y afirmaciones. La literatura histórica, por su parte, menos prevenida de los prejuicios de la academia y acaso igual de pretencioso, incursiona, más allá de los límites propios de su género, en la creación de un nuevo estatuto histórico. Este fenómeno es el que Jacques Girald retoma para cuestionar al novelista.

En efecto, en una entrevista a María Elvira Samper en la revista *Semana* (citada por Girald, 1989, p. 45), en marzo de 1989, confiesa el escritor colombiano:

Entonces una tarea que tengo ahora, ya terminado el libro, es crear una fundación —la Fundación para escribir la verdadera historia de Colombia—. Voy a reservar el producto del Bolívar para esta fundación. Voy a organizar un grupo de historiadores jóvenes, no contaminados para tratar de escribir la verdadera historia de Colombia, no la historia oficial, para que nos cuenten en un sólo tomo cómo es ese país y que se lea como una novela.

La conciencia artística del escritor que hace posible incursionar, sin perderse, por el laberinto de la documentación histórica de Bolívar, ahora se abandona en procura de un proyecto necesario, mas temerario, que establece por principio que la tarea de la literatura es la de escribir verdades como la historia de un país, en un sólo tomo y además leída con el placer de una novela.

¿Acaso el entrecruzamiento entre historia y literatura que orienta o confunde, atrae y distancia al lector que lee una novela como “El general en su laberinto” lleve al escritor y al historiador a pensar que su oficio respectivo está en la otra orilla, confundiendo la misión disciplinar establecida como principio? Este interrogante final lo hacemos por cuanto en el contexto cultural contemporáneo, de un fenómeno llamado posmodernidad, el desdibujamiento aparente de las fronteras epistémicas, de los discursos de las ciencias sociales,

del estatuto mismo de la política y sus ideologías, de la secularización de la vida cotidiana y religiosa, nos llama a pensar en la vuelta a una unidad histórica que fue la ficción y la memoria del pasado.

Referencias

- Bajtín, Mijail (1990) *Estética de la creación verbal*. México: Siglo veintiuno editores.
- Gadamer, George (2005) *Verdad y método*. Salamanca: Ediciones Sígueme
- García González, S. (2015). *Narraciones transmedia de no ficción. El caso de “Kony 2012”* [Tesis doctoral]. Universidad de Alcalá.
- García Márquez, Gabriel (1989) *El general en su laberinto*. Bogotá: Editorial Oveja negra
- Girald, Jacques (1989) La otra historia oficial. *Revista Universidad Nacional de Colombia*, N.º 21. pp. 43 a 47.
- Lozano, Pilar (1989) La última novela de García Márquez enfrenta a colombianos y venezolanos. En: *Diario El País*, Cali.
- McEwan, H., & Egan, K. (1998). *La narrativa en la enseñanza, el aprendizaje y la investigación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Mínguez, N (2014). Ficción y no ficción en la cultura audiovisual digital. La publicidad ante el reto digital. *Revista Telos*. p. 126
- Montenegro, Andrea (2022) *La narrativa ficcional como forma de presentación y comprensión de temas históricos en un contexto transmedia. El caso de Escarabajos Colombian Cycling* Transmedia History. Trabajo de grado. Facultad de Humanidades. Programa de Comunicación Social y periodismo, Corporación Universitaria Comfacaua.
- Piglia, R. (2007). El arte de narrar. *Universum* (Talca), 22(1), 343-348
- Ricoeur, Paul (2003) *Tiempo y narración*. México: Siglo veintiuno editores.

